

Libro: *Historia de la vida privada, tomo 8.*

Autores: Philippe Ariès y Georges Duby

Datos de la Edición:

Ed. Taurus, Buenos Aires, 1991.

El secreto del individuo

El individuo y su traza

La originalidad de la apelación o “un nombre para sí”

A lo largo del siglo XIX se acentúa y se difunde lentamente el sentimiento de la identidad individual. Un primer indicio nos lo proporciona la historia del sistema de apelación. El proceso de dispersión de los nombres propios iniciado en el siglo XVIII se prosigue ahora; viene a contradecir el movimiento de concentración deliberadamente estimulado por la Iglesia de la Reforma católica, deseosa de valorar la ejemplaridad de los santos más notables. En este terreno, la Revolución no constituye una verdadera interrupción; todo lo más juega un papel de acelerador.

Al hilo de los decenios, unos ciclos cada vez más cortos, ordenados por la moda, van imponiendo su ritmo al movimiento de dispersión; se trata de una aceleración que expresa a la vez la voluntad acentuada de individuación, el deseo de subrayar el corte generacional y el propósito de conformarse a la nueva norma, sugerida por las clases dominantes. La boga de determinados nombres propios se propaga en efecto verticalmente, desde la aristocracia hasta el pueblo, desde la ciudad hasta el campo. La precisión y la complicación crecientes de la jerarquía social favorecen la transmisión por capilaridad de tales modas.

Al mismo tiempo pierden su autoridad las reglas de transmisión familiar de la apelación. La elección del nombre del padrino o la madrina, o lo que es lo mismo, tradicionalmente, del de uno de los abuelos, el tío abuelo o la tía abuela, la atribución del nombre del padre al hijo mayor o del abuelo fallecido al recién nacido, constituyen, en particular en el campo, otros tantos imperativos cuya declinación no hay ciertamente por qué exagerar; pero que no dejan de hallarse en contradicción con las nuevas prácticas que se están imponiendo. Este deterioro de las reglas de transmisión familiar expresa el de las virtudes hereditarias, al tiempo que augurales, del nombre propio. La pérdida de la fe en la existencia de un patrimonio de carácter que se transmite mediante la apelación juega evidentemente en favor del individualismo.

Mientras persiste la familia de estructura compleja y la pobreza de efectivos de los nombres propios agrava los riesgos de confusión, sucede que el sistema de apelación sigue siendo muy arcaico. Eso es lo que pasa en ciertas comarcas rurales del centro o del Mediodía, concretamente en Gévaudan. Aquí el nombre propio, muy pronto olvidado por el uso corriente, deja paso al apodo. El patronímico persiste estrechamente ligado al *cuartel* o a la *mayson*, y así el que al casarse pasa a vivir en la propiedad de sus suegros pierde el suyo. Sin embargo, en estas mismas zonas rurales, la evolución juega en favor de la utilización, nueva desde luego, del nombre de pila y de la fidelidad al patronímico registrado por el estado civil. El uso del apodo se repliega poco a poco a grupos marginales; al mundo de los artistas y la bohemia, al de la prostitución y el crimen, categorías que, como los propios gremios, se refieren deliberadamente a valores y comportamientos arcaicos.

El deseo de individuación no constituye, desde luego, el único elemento de explicación del proceso de diversificación en curso. El riesgo de homonimia y por tanto de confusión, intensificado por la urbanización, incita también a la originalidad de la apelación. Los progresos de la alfabetización y la frecuentación escolar tejen una relación nueva entre el individuo, su nombre propio y su patronímico. El servilletero o el vaso, la tapa del cuaderno, la “marquette” y la ropa blanca bordada del ajuar de la muchacha púber, las iniciales cosidas en las prendas del pensionista y tantas otras prácticas acentúan la presencia obsesiva del apellido y el nombre. El aumento del efectivo de las parejas capaces de firmar su acta de matrimonio registra esta nueva familiaridad. A partir de la Restauración, anota Jean-Claude Polton, arraiga en Fontainebleau la costumbre de dejar la marca sobre piedras y árboles con fines privados. Esta práctica es distintiva de los humildes; conscientes de que a diferencia de los poderosos ellos no dejarán huella, cuentan con la perennidad de sus iniciales grabadas en la corteza de un tronco o en la piedra.

Durante la segunda mitad del siglo, la circulación del correo —en concreto, hacia 1900, la difusión anual de ocho millones de tarjetas postales— contribuye a esta acumulación de los símbolos del yo y de los signos de la posesión individual; proliferación que expresan también, y no son más que algunos ejemplos, la banalización de la tarjeta de visita y el uso de la agenda personal. Hasta los mismos animales domésticos empiezan a tener poco a poco sus nombres respectivos; en tiempos ya de la monarquía de Julio, Eugénie de Guérin refina los de sus perros preferidos.



Al reducir los costes de la fotografía en serie, Disdéri hizo posible la divulgación del retrato. Con él, la tarjeta de visita se hace más insistente; parece solicitar su presencia en el álbum familiar. La *pose* fotográfica, en estos casos muy elaborada, pasa a figurar en los procedimientos de afinamiento de la presentación de sí mismo. (Disdéri, *Tarjetas de visita agrupadas*. París, Bibl. Nacimiento.)



La combinación de la tarjeta postal y el retrato fotográfico justifica la distribución sin pudor de series de imágenes de sí. El medallón aristocrático de principios de siglo concluye aquí, en forma de simulacro, su lento descenso social.

El espejo y la identidad corporal

La contemplación de su propia imagen deja poco a poco de constituir un privilegio. A este propósito, hay que deplorar la falta de un amplio estudio sobre la difusión y los modos de utilización del espejo. Porque, en efecto, hay no pocos indicios sobre lo esencial que ha sido la historia de la mirada sobre sí mismo. En las aldeas del siglo XIX, sólo el barbero posee un verdadero espejo, reservado para el uso masculino. Los vendedores ambulantes difunden el uso de pequeños espejos a fin de que las mujeres y las muchachas puedan contemplarse en ellos; pero el campo ignora los espejos de cuerpo entero. Entre la gente campesina, la identidad corporal continúa leyéndose en los ojos del otro, revelándose a través de la escucha de una percepción interior. “¿Cómo vivir dentro del recinto de un cuerpo que no se ha visto nunca en sus más menudos detalles?”, se pregunta Véronique Nahoum; he aquí una cuestión que hay que plantearles a los historiadores de la sociedad rural. Es así como pueden comprenderse mejor las prohibiciones que pesan, en este ambiente, sobre el uso del espejo; presentárselo a un niño pequeño amenaza con frenar su crecimiento; dejar un espejo al descubierto al día siguiente de un fallecimiento equivale a incurrir en desgracia.

En las clases acomodadas, el código de las buenas maneras impondrá durante mucho tiempo a la muchacha que evite contemplarse desnuda, aunque no sea más que en los reflejos del baño. Hay polvos especiales que tienen la finalidad de enturbiar el agua del baño a fin de prevenir la vergüenza. La estimulación erótica de la imagen del cuerpo, exaltada por semejante prohibición, obsesiona a esta sociedad bienpensante que acumula los espejos en sus burdeles antes de surtirse, tardíamente, de puertas con espejo en el armario nupcial.

A fin de siglo, la difusión urbana de este ambiguo mueble hace posible la organización de una nueva identidad corporal. En el espejo indiscreto, la belleza puede delinearse una nueva silueta. El espejo vertical va a autorizar la emergencia de la estética de la delgadez y a guiar la dietética por nuevos caminos.



Bruscamente, a fin de siglo, la tarjeta postal se difunde por millones en todo Occidente. Facilita la ampliación de la red de correspondencia, contribuye a estrechar los lazos que unen a la parentela o al grupo de amigos, estimula el coleccionismo y la formación del álbum de recuerdos. Sus fórmulas estereotipadas economizan esfuerzo; la tarjeta postal permite a individuos que ignoraban hasta entonces la escritura epistolar expresar a distancia sus sentimientos.

La democratización del retrato

Pero lo que no deja de ser esencial es la difusión social del retrato, “función directa —anota Gisèle Freund— del esfuerzo de la personalidad por afirmarse y adquirir conciencia de sí misma”. Poseer y ostentar la propia imagen descarga la angustia; es lo mismo que demostrar la existencia de uno mismo, asegurar su fisonomía. Bien escenificado, el retrato atestigua el éxito; manifiesta la posición social. Para el burgués, obsesionado con el papel de héroe fundador, ya no se trata, como en otros tiempos para el aristócrata, de inscribirse en la continuidad de las generaciones, sino de crear una estirpe, cuyo prestigio habrá de inaugurar él mismo con su triunfo personal. Este siglo de la conmemoración es también el de la

fundación de las genealogías de tenderos fieramente pregonadas. Por supuesto, la moda del retrato participa de aquel proceso de imitación por capilaridad, identificado muy pronto por Gabriel Tarde; venía a satisfacer el anhelo de igualdad. Y para terminar, no olvidemos el papel incitador de la técnica que facilita la realización del deseo de la imagen de uno mismo, convertida a la vez en mercancía y en instrumento de poder.

Después de haber sido durante mucho tiempo patrimonio de la aristocracia y de la rica burguesía, el retrato se difunde y gana en intimidad al final del Antiguo Régimen; triunfa entonces la miniatura; colgantes, medallones, tapas de polveras se adornan con rostros queridos. Barbey d'Aurevilly subraya con qué fervor se reconciliaron las *élites* de la Restauración con esta moda del retrato-joya. Para una dama del bulevar Saint-Germain, hacer de su cuerpo una galería de antepasados equivalía entonces a tratar de negar de forma simbólica el episodio revolucionario.

Entre 1786 y 1830, el *physionotrace* (trazafisonomías) de Gilles-Louis Chrétien contribuye, al menos en la capital, a mantener la boga del retrato. En un minuto, el artista reproduce con su aparato los contornos de la sombra dibujada por el rostro del modelo; basta luego con trasladar el perfil sobre una placa de metal y grabarlo en ésta para obtener una serie de imágenes de rigurosa exactitud y a un precio moderado. Puede también, si lo necesita, ejecutar retratos en madera o en marfil, o realizar siluetas a la inglesa, adornando el dibujo con un tocado o un vestido. Los perfiles así obtenidos, a veces de un gran parecido, son por desgracia rígidos y carecen de expresión. El daguerrotipo paliará esta insuficiencia y será el que responda a una demanda social cada vez más apremiante.

En 1839, Daguerre registra la patente del procedimiento que le permite fijar sobre una placa de metal, tras un cuarto de hora de exposición, un retrato único, vendido entre 50 y 100 francos. El artista, más guiado por el deseo de expresar la psicología del modelo que por la preocupación de erigir una prueba de éxito social, construye el clisé en función del semblante y la fisonomía. Claro y preciso, el daguerrotipo no permite por desgracia la multiplicación de la imagen obtenida.

De modo que va a ser la fotografía la que consiga la democratización del retrato. Por primera vez, la fijación, la posesión y la comunicación en serie de la propia imagen se vuelven posibles para el hombre del pueblo. Registrada en 1841, la patente de este nuevo procedimiento se beneficia, durante los diez años siguientes, de una serie de mejoras técnicas. Se reduce poco a poco el tiempo de exposición, hasta el descubrimiento, en 1851, de la impresión instantánea. En 1854, Disdéri lanza el retrato en formato de tarjeta de visita (6 x 9 cm). A partir de ese momento, la fotografía amplía de una manera prodigiosa el mercado establecido por el daguerrotipo. En 1862, vende Disdéri, él solo, dos mil cuatrocientas tarjetas diarias. Hay que decir que en adelante bastan unos pocos segundos para tomar un clisé; de este modo doce retratos cuestan solamente 20 francos. Los fotógrafos se establecen hasta en las ciudades más pequeñas; hay artistas de feria que instalan sus barracas en la calle y anuncian sus fotos por un franco.

El acceso a la representación y posesión de la propia imagen aviva el sentimiento de la importancia de uno mismo, democratiza el deseo del reconocimiento social. Los fotógrafos lo perciben muy bien. En adelante pondrán en escena la estatura completa, dentro del estudio-teatro, todo él trufado de accesorios, de columnas, de cortinajes y de veladores. Exageran el énfasis, estimulan la hinchazón interior del sujeto; y no faltarán los que, después de 1861, favorezcan la moda del retrato ecuestre. Semejante teatralización de las actitudes, de los ademanes y las expresiones del semblante, en una palabra, la postura, cuya importancia histórica ha puesto de relieve perfectamente Jean-Paul Sartre, invadió poco a poco la vida cotidiana. Los innumerables retratos fotográficos difundidos y religiosamente insertos en los álbumes imponen determinadas normas gestuales que renuevan la esfera privada; enseñan a dirigir una mirada nueva sobre los cuerpos, en concreto sobre las manos. El retrato fotográfico contribuye a aquella propedéutica de las posturas que se hallaba en el punto de mira de la escuela, al tiempo que difunde un nuevo código perceptivo. El arte de ser abuelo lo mismo que el ademán reflexivo del pensador obedecerán en adelante a una banal escenificación.

El deseo de idealizar las apariencias, el rechazo de la fealdad, de acuerdo con los cánones de la pintura oficial, concurren a su vez a la ordenanza del retrato-foto. Las multitudes que visitan la Exposición de 1855 se muestran fascinadas por la demostración del retoque. Esta técnica se difundió a partir de 1860; se suavizan los rasgos del rostro; de los semblantes lisos, nimbados de artístico esfumado, desaparecen las pecas, las arrugas o los granos molestos. Hasta en el campo, se deja sentir una nueva imagen de la belleza que amenaza las normas impuestas por la cultura tradicional.

El álbum fotográfico familiar precisa la configuración de la parentela y corrobora la cohesión del grupo, que empieza a sentirse amenazada por la evolución económica. La irrupción del retrato en el seno de amplias capas de la sociedad modifica la visión de las edades de la vida, y en consecuencia el sentimiento del tiempo. Las fotografías, advierte Susan Sontag, constituyen otros tantos *memento mori*. Gracias a ellas, se vuelve más fácil imaginar su propio deterioro; lo que incita a mirar de distinta manera al anciano y a reconsiderar la suerte que se le reserva.

Como soporte que es de la imaginación, la foto renueva la nostalgia. Por primera vez, le resulta posible a la mayoría de la población representarse a sus mayores desaparecidos y a sus parientes desconocidos. Se vuelve también perceptible la juventud de los ascendientes a cuyo lado se vive cada día. Y se efectúa de rebote una transferencia sobre las señas de la memoria familiar. De un modo general, la posesión simbólica del otro tiende a canalizar los flujos sentimentales, valora la referencia orgánica, y modifica las condiciones psicológicas de la ausencia. La foto de los difuntos atenúa la angustia de su pérdida y contribuye a descargar el remordimiento causado por su desaparición. El nuevo procedimiento favorece finalmente la vulgarización y la contemplación de la imagen de la desnudez. Tiende a cambiar el equilibrio de los modos de estimulación erótica, a difundir un nuevo *tempo* del deseo; lo atestigua el prestigio del “desnudo 1900”. El legislador lo advirtió con toda claridad: desde 1850, una ley prohíbe la venta de fotos obscenas en la vía pública. Después de 1880, la foto de aficionado suprime el intermediario profesional, aligera el ritual de la pose y abre por completo la vida privada al objetivo, goloso en adelante de la imagen íntima.



El artista finisecular, fascinado y turbado, igual que los espectadores a los que se dirige, por la intimidad de la mujer sola, se deleita en esos labios doblemente ofrecidos. Mientras que se lleva a cabo lentamente la identificación del individuo con su cuerpo, la difusión del espejo de pie viene a estimular el ascenso del narcisismo. (*Ante el espejo*, 1890. París, bibl. de las Artes Decorativas).



La fotografía registra el adensamiento de los sentimientos en el seno de la célula familiar restringida y la importancia decisiva del bebé, convertido, a partir de los años 1860, en el centro de las atenciones y el héroe de una prolija literatura normativa. Clientes y fotógrafos se esfuerzan a su vez en acentuar la dicotomía sexual de las actitudes. (Col. Sirot-Angel.)



Disdéri y sus discípulos saben exaltar también la función maternal. La distribución regular de los niños le permite al artista dibujar una pirámide. Ésta reproduce y amplía el volumen del miriñaque que tiene la función simultánea de disimular y sugerir a la vez las poderosas caderas de la engendradora. (Col. Sirot-Angel.)

La perennidad del recuerdo



La fotografía inserta en el álbum familiar es capaz de hacer anclar también en el recuerdo la solidaridad del grupo fraternal. Cuando la vida haya dispersado a los hermanos, el clisé amarillento servirá de soporte al sentimiento. (Col. Sirot-Angel).

En el cementerio se manifiesta la misma voluntad de perpetuarse, de dejar impresa la propia huella. Philippe Ariès ha relatado el triunfo de la tumba individual y la aparición del nuevo culto de los muertos en la aurora del siglo XIX. Sólo nos interesa aquí el epitafio personalizado, procedimiento totalmente nuevo, también él, para la gran mayoría de la población; nueva invocación a la permanencia del recuerdo. La historia de la divulgación de este discurso funerario empieza a dibujarse ahora con nitidez. Durante la monarquía censataria se multiplican los epitafios que exaltan los merecimientos del esposo, del padre o del ciudadano. Sobre la piedra sepulcral se inscribe el impulso de la *privacy*. Más adelante, la complicación de los cementerios de obra arquitectónica, y la industrialización de la sepultura tienden a borrar poco a poco todo discurso original reemplazándolo con estereotipos que suelen precisar felizmente los medallones-fotos incrustados en la piedra.

No faltan trabajos que muestran que esta evolución se llevó a cabo de acuerdo con ritmos diferentes y que no se realizó sin contratiempos. En el cementerio de Asnières, oscura aldea del Ain, el primer texto fúnebre sólo aparece en 1847. En 1856, la viuda de un modesto notable muy mal visto por sus convecinos, hace rodear de una balaustrada el monumento de su esposo. El gesto suscita un movimiento de hostilidad: el mismo párroco se subleva al caer en la cuenta de que el mármol va a conservar la memoria de aquel mal cristiano, mientras que él no puede saber dónde yace exactamente el piadoso mayordomo de su iglesia. En las pequeñas parroquias rurales, la piedra sepulcral, el epitafio, continuarán contrariando durante mucho tiempo el sentimiento de igualdad. Todavía en 1840, Eugénie de Guérin se ve obligada a quitar la columna blanca que, en el centro del cementerio de Andillac, celebraba la memoria de su hermano Maurice.

En estas minúsculas parroquias, la aparición del discurso funerario se acompaña del ascenso de la honorabilidad *post mortem*; aquí, es el tendero quien se da aires de solemnidad, después de muerto. A la inversa, esta nueva modalidad de permanencia del aspecto personal favorece el mantenimiento, e incluso la amplificación, del rumor que desacredita. Hay un hilo conductor que une, en efecto, todos estos procedimientos que tienden a reforzar el sentimiento del yo: la tentación de la heroicización, la hipertrofia de la vanidad tranquilizadora. Esta época proporciona muchos otros signos de lo mismo, de acuerdo con el ascenso de la meritocracia; la importancia atribuida al cuadro de honor, al ritual de las distribuciones de premios, a los diplomas que se cuelgan de las paredes del salón o de la sala de visitas; así como el prestigio de la decoración o el tono hagiográfico de la reseña necrológica. Para no poca gente modesta, estará también la emoción de leer su nombre en una columna de periódico. Cualquiera puede sentirse en adelante tentado por una postura de héroe; aunque no sea más que en la esfera familiar, cuyo ambiente puede cambiar el refrendo de una noticia así. El mismo gesto criminal expresa esta aspiración. Incitado por lecturas ejemplares a lo Plutarco, el joven parricida de Aunay-sur-Odon escribe, como con orgullo, en el encabezamiento de su estupefaciente memoria: “Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y a mi hermano...”



Mientras que, en los cementerios, las fórmulas estereotipadas tienden a reemplazar los epitafios personalizados de otros tiempos, la fotografía en forma de medallón asegura el recuerdo de la apariencia. Esta práctica efímera constituye una de las manifestaciones más significativas del anhelo de asegurar la perennidad de la imagen.

Los límites del control social

El control del individuo se les impone a las autoridades tanto más cuanto que, en el seno del espacio público, el anonimato va a ir sustituyendo paulatinamente a las relaciones de conocimiento interpersonal. La muchedumbre cada vez más densa y silenciosa que llena las calles pierde una buena parte de su teatralidad; se transforma en un agregado de personas absortas en el pensamiento de sus intereses privados. Se comprende así que tengan que afinarse los procedimientos de identificación y se imponga el control social.

Hasta el triunfo de la república (1876-1879), las técnicas de comprobación siguieron siendo no obstante muy balbucientes; su precariedad fija los límites de estas miras panópticas atribuidas, sin duda con alguna exageración, a los titulares del poder. El registro civil, secularizado en 1792, codificado el 28 de Pluvioso del año III, los censos de población y las listas nominativas establecidas cada cinco años, las listas electorales, censatarias hasta 1848, ampliadas al conjunto de la población masculina en marzo de 1848, y luego en diciembre de 1851, constituyen las referencias esenciales del sistema. Algunas categorías son además objeto de procedimientos particulares: los obreros, teóricamente sujetos a la cartilla a partir del Consulado, cartilla de la que la ley del 22 de junio de 1854 los convertirá en poseedores titulares, con gran perjuicio para los patronos, los militares, los domésticos, a quienes se les exige la presentación de certificados entregados por sus precedentes amos, las prostitutas registradas por la Prefectura de policía o por la administración municipal, los expósitos a quienes se les reconoce una situación civil y se les busca un trabajo miserable, los viajeros y, más especialmente, los itinerantes y los nómadas, que deben proveerse de pasaportes antes de efectuar sus desplazamientos.

El estudio de los emigrantes *limousines*, como el de los viajeros que atraviesan el departamento del Indre, muestra a las claras que la precisión extrema de los mandamientos se hallaba acompañada, en este terreno como en muchos otros, por un gran laxismo, por no decir la más total anarquía. El reconocimiento interpersonal y la memoria visual continuarán presidiendo durante mucho tiempo aún las relaciones entre emigrantes y autoridades. No obstante, y por encontrarse ligada a los progresos de la alfabetización, la acentuación de todas estas exigencias administrativas contribuyó a desarrollar la

posesión, el uso y el desciframiento de los “papeles”. Nueva familiaridad que, avivada por la difusión de la práctica del contrato en el seno de la sociedad rural, hace cada vez más raro, y muy pronto inverosímil, el encuentro con individuos que ignoren su edad; por ejemplo aquel campesino que se equivocaba la cuenta en siete años y hacía exclamar a Eugénie de Guérin: “¡Qué hombre más feliz, que ignora su vida!” En adelante, cualquiera podrá llevar a cabo el cómputo de su existencia y, de golpe, eso significa que el futuro se ha vuelto calculable, si no previsible. La construcción de un tiempo propio autoriza la elaboración de una historia individual, condición de identificación y comunicación autónoma.

Cuando se impone la necesidad de conocer mejor la personalidad del otro, el procedimiento más usual sigue siendo la averiguación de su moralidad, o al menos el recurso al certificado de buena conducta. Con cualquier propósito, lo mismo si se trata de juzgar al pretendiente a la alianza matrimonial, al postulante de un empleo o, simplemente, a una candidata al servicio doméstico, se solicita la intervención del alcalde y del cura, quienes tienen que proporcionar información y consejo sobre sus administrados o sus fieles. Curiosamente, esta práctica, que institucionaliza de hecho el recurso al rumor e incita a la revelación de la vida privada, parece haberse tolerado bastante bien. Aunque tardía, la correspondencia mantenida por los padres de Marthe permite constatar en vivo estos procedimientos de averiguación. Cuando hay que escoger o mejor proporcionar un esposo a la muchacha defectuosa, se pone a contribución toda una escuadra de indicadores: confesores y curas que se convierten en agentes casamenteros, parientes de provincias que hacen de informadores, abogados y notarios requeridos para que pregunten a sus colegas, cuadros de la administración interrogados sobre las cualidades de sus subordinados, criados comisionados para captar rumores. Da la impresión de que sólo se exceptúa a los médicos, como si el secreto profesional inspirara ya para entonces una mayor reserva. Una sutil dosificación de informes, recomendaciones y presiones, incluso de chantajes, impregna la trama de la vida privada de esta familia arruinada cuyo bullebulle defensivo se nos revela con un fascinante impudor.

La mirada del policía

Están además los procedimientos de identificación, es decir la historia de la filiación o, si se prefiere, la pesquisa de las singularidades individuales. Las instituciones policiales han jugado, en esta materia, el papel de laboratorios; en ellos se elaboraron algunas técnicas llamadas a regir, más adelante, muchos otros campos. Al policía, lo mismo que al simple ciudadano, se le puede plantear un doble problema: ¿cómo probar su identidad? ¿Cómo poner al descubierto la del otro, aunque ya no se trate más que de un cadáver?

Todavía hasta 1880, el individuo astuto podía cambiar de piel a placer; para procurarse una nueva personalidad civil le bastaba con conocer la fecha y el lugar de nacimiento del camarada cuya identidad hubiese decidido usurpar; sólo el encuentro, bastante improbable, de un testigo podría frustrar el subterfugio; y aun entonces, el reconocimiento, fundado exclusivamente en la memoria visual podría ser puesto en duda con facilidad. Puede así comprenderse mejor el terror inspirado por el monstruo o el vengador que se camufla bajo una falsa identidad. Las metamorfosis de Jacques Colin, el destino de Jean Valjean o la estrategia de Edmond Dantès no debían de parecerles demasiado inverosímiles a los lectores de aquella época.

La identificación del niño expósito no resulta fácil: de ahí la extrema importancia de los signos de reconocimiento: un brazaletes, un collar, un lunar o el chapín de Esmeralda. Por la misma razón, la reincidencia les plantea a las autoridades judiciales un espinoso problema; y es la difícil identificación de las prostitutas a quienes, más que a nadie, conduce al descalabro el sistema reglamentarista elaborado durante el Consulado.

Hasta los inicios de la Tercera República, la administración continúa utilizando el método de la “filiación”. La mirada del policía especifica el color del pelo y de los ojos, hace una estimación de la estatura y, si es el caso, señala las enfermedades. La lectura de los documentos establecidos por los consejos de revisión y la policía de costumbres, como la de los registros de asiento de presos, pone de manifiesto la ineficacia de semejante método, basado en descripciones neutras e imprecisas. De hecho, para desenmascarar una falsificación, la policía apenas si puede contar con otra cosa que no sea la perspicacia visual de sus agentes, sobre todo una vez que la ley del 31 de agosto de 1832 puso en vigor la abolición de la marca al rojo. Precisamente en función de este procedimiento tan poco eficiente, se constituyeron poco a poco, en los locales de la prefectura de policía, el registro previsto por el código de

instrucción criminal de 1808, y más tarde, a partir de 1850, el expediente de penales, dependiente de los archivos judiciales.

Medidas óseas y averiguación del aspecto físico

A finales de siglo, el doble problema se encuentra ya resuelto: hay nuevas técnicas que permiten conferir a cada individuo una identidad invariable y fácilmente demostrable. El sistema de reconocimiento vuelve en adelante imposible la suplantación de nadie, ni siquiera entre gemelos; y frustra la falsificación de la personalidad civil. En una palabra, prohíbe la metamorfosis. La misma bigamia se convierte en una hazaña, precisamente cuando el legislador acaba de restablecer el divorcio. Por el contrario, se han acabado las angustias de la imposibilidad de una prueba; las dificultades encontradas por el coronel Chabert pertenecen ya al pasado.

En 1876, la policía comienza a utilizar la fotografía; a finales del decenio, la Prefectura posee ya sesenta mil clisés. Éstos, efectuados desde todos los ángulos, amontonados en desorden, no proporcionan, bien es verdad, de momento, demasiados servicios; y en cualquier caso, no permiten por ahora descubrir la verdadera identidad de un impostor. Pero todo cambia a partir de 1882, con la utilización de la filiación antropométrica establecida por Alphonse Bertillon. Éste, precisamente cuando la aprobación de la ley del 27 de mayo de 1885 sobre la reincidencia, va a agudizar la necesidad de la identificación criminal, demuestra que seis o siete medidas óseas efectuadas de una manera rigurosa y de acuerdo con un procedimiento fijo son suficientes para identificar a un individuo.

El “sistema Bertillon”, desenlace de una investigación muy prolongada, jalonada por los trabajos de Barruel sobre la sangre y el olor individual, por las pesquisas de Ambroise Tardieu, de Quételet y de los miembros de la Sociedad de antropología, reinará sin discusión hasta comienzos del siglo XX. Mientras tanto, se vio mejorado por su inventor, que decidió añadir las señales particulares a la filiación definida por las medidas óseas, además de adjuntar la fotografía al boletín antropométrico. A decir verdad, el “sistema Bertillon” no constituye sino una etapa. Desde comienzos del siglo XX se impone la identificación mediante el aspecto físico y, con mayor precisión, por las huellas digitales. Este antiguo descubrimiento chino, utilizado en Bengala por la administración inglesa, fue preconizado por Galton, que lograría convencer a Alphonse Bertillon para que integrara este nuevo elemento en su boletín antropométrico.

En vísperas de la Primera Guerra mundial, los procedimientos afinados con vistas a delincuentes y criminales desbordan el marco penitenciario. La ley del 16 de julio de 1912 impone así a los nómadas y a los itinerantes, lo que quiere decir en adelante a los comerciantes e industriales foráneos, la posesión de un “carné antropométrico de identidad”. En él figuran el apellido, el nombre, la fecha y el lugar de nacimiento, de filiación, las señas personales, las huellas y la foto del individuo; puede reconocerse ya aquí el antepasado de nuestro carné de identidad.

Comienza a inquietar la nueva amenaza que semejantes procedimientos hacen pesar sobre el secreto de la vida privada. Mientras el *Affaire* se halla en su apogeo, la antropometría suscita la ira de los dreyfusistas y alimenta un vivo debate. Mientras tanto, y como producto de la misma ansiedad, la afluencia de las protestas obliga al prefecto Lépine a dejar de exigir a las dueñas de casas de citas la fotografía de las mujeres que frecuentan sus establecimientos. Podrían señalarse probablemente bastantes otros signos de esta nueva susceptibilidad; Philippe Boutry ha detectado también, a partir de 1860, en numerosas parroquias del Ain, una intolerancia hasta entonces desconocida ante cualquier revelación de actos personales por parte de los predicadores. Los pastores, apegados aún a la vieja imagen del “denostador elocuente de los abusos individuales”, se ven obligados poco a poco a tener que contar con un nuevo espacio privado de la vida moral fundada en la autonomía de la persona.

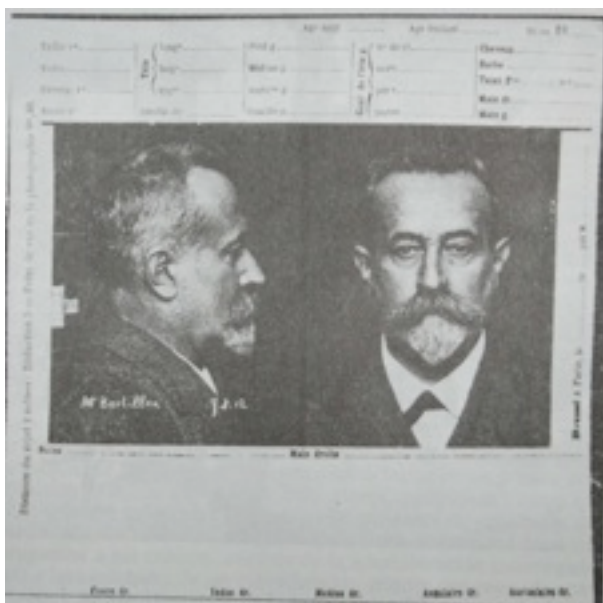
Se habrá podido advertir sin duda que, en todos los terrenos evocados, hay un giro que se deja sentir hacia 1860 y se precisa en torno a 1880. En pocas palabras, en el momento en que triunfa la república se lleva a cabo un basculamiento. Culmina el movimiento de individuación que anima el siglo, mientras que el neokantismo inspira a los dirigentes y Pasteur impone la existencia de los microbios, perturbadores del organismo; modelo biológico que, aplicado al campo social, plantea el control del individuo como algo esencial para la supervivencia del grupo.

Al mismo tiempo, el temor a la violación del yo y de su secreto engendra el fantástico deseo del desciframiento de la personalidad que se oculta y de la intromisión en la intimidad del otro; preocupación

muda que es la base del esnobismo del incógnito, aviva la tentación de la carta anónima, contribuye al prestigio del mirón (*voyeurisme*) de fin de siglo, y explica la aparición del personaje del detective en busca de huellas. Todavía más que Conan Doyle, Gaston Leroux es el testigo de la nueva sensibilidad, el hombre que convierte, no la identificación, sino la identidad misma del culpable, y su enfoscamiento, en el nudo de la acción policial.



La fotografía, cuya utilidad parece evidente, no bastará para resolver el problema planteado a la policía por la identificación de los individuos y la detección de los reincidentes. Durante mucho tiempo se seguirá careciendo de un código de clasificación que permita el reconocimiento indiscutible. (*El servicio fotográfico en el depósito de la prefectura de policía. L'Illustration, 1889.*)



Considerado como el menos dotado de los miembros de una familia de médicos prestigiosos, Alphonse Bertillon se va a desquitarse con su notoriedad en las oficinas de la prefectura de policía. Como para otros muchos antropólogos de finales de siglo —Cesare Lombroso o Pauline Tarnovskaia, por ejemplo—, el ambiente de los criminales constituirá su laboratorio. (París, museo de la Policía.)



Antes de que se ponga en práctica el registro de las huellas digitales, la precisión de las medidas óseas indicadas por Bertillon permite la identificación judicial. El alcance del descubrimiento desbordará poco a poco los medios del crimen y de la delincuencia; en el conjunto del cuerpo social, muy pronto será imposible cualquier metamorfosis.



En septiembre de 1894, Francia se sintió aterrorizada por los atentados anarquistas. Esta vez, la búsqueda individual no iba a realizarse sólo mediante las señas personales. La fotografía de los sospechosos, difundida en las fronteras, entorpece cualquier usurpación de identidad. (*Album fotográfico*)

de los individuos que han de ser objeto de una vigilancia especial en las fronteras. París, museo de la policía.)